LAZOS DE AMOR Y AMISTAD

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

original de

DON EDUARDO H. BUSTILLO Y PEREZ.



OVIEDO:

IMP. Y LIT. DE DON BENITO GONZALEZ,

calle del Rosal, núm. 91.

1858.

LAZOS DE AMOR Y AMISTAD.

LAZOS DE AMOR Y AMISTAD

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

original de

DON EDUARDO H. BUSTILLO Y PEREZ.



OVIEDO:
IMP. Y LIT. DE DON BENITO GONZALEZ,
calle del Rosal, núm. 91.

1858.

A mis queridos Padres:

Tenia yo diez y ocho años cuando escribí este primer ensayo. Débiles eran mis fuerzas, y para cobrar aliento puse al frente de los borradores, los nombres de las personas mas queridas de mi corazon.

Aceptad, pues, la ofrenda, débil espresion del cariño que os profesa vuestro hijo

Eduardo.

PERSONAGES.

SOFIA.
JUAN.
ARTURO.
EL CONDE DE CAMPOHERMOSO.

La escena es en Madrid, en casa de Juan, año de 1835.

Esta comedia ha sido aprobada por la junta de censura para su representacion. El original censurado tiene el título de **Sofía** y se halla en poder del Gobierno político de la provincia de Madrid.

ACTO ÚNICO.

SALA pobremente amueblada en una casa de los barrios bajos de Madrid.—Puerta en el fondo, y otra en cada uno de los costados.

ESCENA PRIMERA.

SOFÍA.—JUAN.

Aparece SOFÍA *haciendo labor junto á una mesita.* JUAN *sentado en un sillon antiguo.*

SOFIA. Ya esa historia me ha contado
allá en mi tranquila infancia,
y me conmovió cual hoy,
padre mio, al escucharla.
¡Que bueno debia ser
don Tomàs!. usted le amaba...
JUAN. Como á un hermano, hija mia;
nuestra amistad fué jurada
en medio de los peligros
en el campo de batalla,
y esa amistad no se borra
nunca del fondo del alma.
SOFIA. Y ¿nó le ha vuelto usté á ver?..
JUAN. Concluida la campaña,
cuando ya nuestros servicios
no necesitó la patria,
nos separamos, Sofía.
Desde entonces, por desgracia,
nada pude saber de él...

ah!.. Dios quiera que contraria
no sea con él la suerte
como fué conmigo ingrata.

SOFIA. Oh!..

JUAN. Perdóname, hija mia,
perdona si me olvidaba
de tí, de mi amparo; no,
no es mi suerte tan avara
pues un ángel me dió el cielo
que dias y noches pasa
velando por mi vejez.

SOFIA. Y Arturo?.. ¿usted olvidaba
que es él quien nos ha salvado
de la miseria?—Su alma
es tan noble, padre mio!

JUAN. Y tu, Sofía, ¿le amas?

SOFIA. Qué si le amo? ¿es usted
quien me lo pregunta?..

JUAN. —Calla;
se que os amais; vuestro amor
conservad siempre sin mancha...
quizá mireis algun dia
vuestra ventura colmada.
Arturo es un hombre honrado,
si...—yo ya desconfiaba
del mundo, por que veia
hombres á quienes prestara
mil servicios, que á mi lado
indiferentes pasaban,
sin compadecer siquiera
el rigor de mis desgracias.
Y Arturo... quizá privándose
de lo que le hace falta,
tendió su mano benéfica
y nos protege y ampara.
—Ah! si; si Tomás supiera
el estado en que se halla
su amigo Juan... hija mia,
si me fuera necesaria,
no digo yo su fortuna...
su vida sacrificara.

SOFIA. Padre, yo no le conozco;

mas mi corazon consagra
cierto respeto y cariño
al hombre que tanto le ama.

JUAN. Y el es digno de tu aprecio,
Sofía...—Solo se hallan
hoy en el mundo tres seres,
cuyo recuerdo me basta
para calmar algun tanto
mis penas, hija adorada;
tu, Tomás y Arturo, si...
—por lo demás, mi esperanza
de encontrar fé y gratitud
en este mundo, burlada
quedó, convertida en humo;
donde ella se aposentaba,
solo de los desengaños
toco la incurable llaga.

SOFIA. Padre!..

JUAN. Perdona, hija mia...
mi corazon es quien habla...
—Tu comprenderle no puedes,
flor niña, pura y lozana,
que ahora empiezas á vivir
de ilusiones rodeada.
Ah! Sofía...—mas ¿qué tienes?
Tu tristeza...

SOFIA. No es estraña;
hoy tarda en venir Arturo
y me inquieta su tardanza.

JUAN. No temas... vendrá, hija mia.
—Mira... Tráeme la cayada
y el sombrero.

SOFIA —Va usted, padre?

JUAN. A distraer algo el alma.

SOFIA. *(Trayendo los objetos que la pide.)*
Que no tarde usted.

JUAN. Sofía,
no será mi ausencia larga.
(Sofía le acompaña hasta el foro.)

SOFIA. Recogeré mi labor...
—oh! si entre tanto llegara
Arturo!..—mi corazon

con impaciencia le aguarda.
(Entra en la habitacion de la derecha.)

ESCENA II.

ARTURO, *por el foro.*

No hay nadie... En este aposento
mi corazon, al entrar,
siente un dulce bienestar
y un indecible tormento.
Con Sofía hermosa y pura
me enlaza un amor divino,
y otra muger... ó el destino
viene á turbar mi ventura.
—La marquesa de la Palma...
oh!.. muger aborrecible!..
y ¿hé de casarme?..—imposible!..
—Arturo... vamos con calma.
Es mi padre quien un dia
arregló mi casamiento,
y para mayor tormento
mis amores con Sofía
sabe ya... viene á la corte...
mi porte reprochará,
y que acomode querrá
á sus deseos mi porte.
—Mas no...—tengo en mi poder
la prueba en que se halla impresa
la infamia de la marquesa,
y mi padre la ha de ver.
En ella comprenderá
si es mas digna que Sofía
de llamarse esposa mia...
—oh! si; y entonces quizá
mi nombre, mi posicion,
todo podré revelarlo
á mi amada...—el ocultarlo
ya repugna al corazon.

ESCENA III.

ARTURO.—SOFIA, *por la derecha.*

SOFIA. Arturo!..
ARTURO. Bella Sofía!..
SOFIA. Cuando sabes que te espera
mi corazon impaciente,
que solo á tu lado alienta
porque tu amor es su vida...
Arturo, ¿por qué no vuelas
á calmar su inquietud?.
ARTURO. (Ah!)
SOFIA. Responde...—mas la tristeza
que muestra tu rostro...
ARTURO. No;
¿yo triste, Sofía bella,
cuando mi alma dichosa
á tu lado se contempla?..
¿cuando oigo tu dulce acento
y tus miradas penetran
en mi amante corazon?..
Soy muy feliz, nada temas.
—(Tener que callar, Dios mio!)
SOFIA. Si confianza tuvieras
Arturo, en quien tanto te ama,
no me ocultaras tus penas.
ARTURO. Oh!
SOFIA. Y siempre reservado
fuiste conmigo...—no temas
te exija que me reveles
lo que tu silencio encierra.
ARTURO. Sofìa!..
SOFIA. No; la muger
Arturo, que ama de veras,
solo exige fé y constancia
del hombre que adora...sepa
yo que tu fé, que tu amor
puro siempre me conservas,
y veré pasar dichosos

los dias de mi existència.

ARTURO. Oh!.. tus palabras, Sofía,
yo no se que mágia encierran,
que dentro del pecho mio
su eco dulce resuena
embriagándole de amor....
—no, bien mio; nada anhela
para ser feliz mi alma,
mas que el cariño que encierra
ese noble corazon.

SOFIA. Arturo!..

ARTURO. (*Con fuego*) De mi existencia
es el norte.

SOFIA. Tal ventura,
¿no es sueño?

ARTURO. ¿Cómo pudiera
engañarte?

SOFIA. No apeteces
ni títulos...ni riquezas?..

ARTURO. Nada, Sofía. ¿qué título
hay, dí, que llevar yo pueda
con mas orgullo en el mundo
que el de tu esposo ?—riquezas
has dicho tambien ?—no existe
para mi nada en la tierra
mas rico, hermosa Sofía,
que ese corazon que alienta
por mi amor... ¿qué es lo que Arturo
dime, ambicionar pudiera,
poseyendo ese tesoro
de candor y de pureza?

SOFIA. Será verdad tanta dicha?

ARTURO. Si, nuestra ventura es cierta.

SOFIA. ¿Nada nublará ese cielo
que nuestras glorias encierra?
¿quién te anima?..

ARTURO. La esperanza.

SOFIA. ¡Bendito el amor que espera!
Tu corazon...

ARTURO. En tí vive!

SOFIA. ¡Dios mio!

ARTURO. (Ah! la marquesa!..

Siempre este amargo recuerdo
en mi mente se presenta,
desvaneciendo del alma
las ilusiones mas bellas.)

SOFIA. Arturo... ¿qué tienes? dime...
ARTURO. Nada, Sofía;—ya es fuerza
que me vaya.
SOFIA. ¿Qué es lo que oigo?..
Cuando pasan tan ligeras
para nuestro bien las horas,
¿tan pronto de mi te alejas?
ARTURO. Luego volveré.
SOFIA. ¿Me engañas?
ARTURO. ¿Cómo sin alma existiera?
—Pues si me voy de tu lado
y contigo el alma queda,
si de amor no vuelvo en alas
he de morir con tu ausencia.
SOFIA. Arturo!..
ARTURO. ¿Salió tu padre?
SOFIA. Si...
ARTURO. Le veré cuando vuelva.
Adios, amada Sofía.
SOFIA. Adios, pues, y la impaciencia
no olvides de un corazon
que por tu amor solo alienta.
(*Arturo desaparece por el foro de la derecha.*)

ESCENA IV.

SOFIA.—*Luego* JUAN.

Cuando alejarse le veo
y «¡adios!» el labio murmura,
huye con él la ventura
que es imán de mi deseo.
Si son tan encantadoras
las horas de mi alegría,
¿por qué para el alma mia
pasan tan pronto las horas?..

—¿Quién viene?.. mi padre?..–es él...
(Juan aparece en el foro, triste y abatido, estrujando entre sus manos un papel. Entrega maquinalmente á Sofía el sombrero y el baston.)

SOFIA. *(Tomándolos.)*
Traiga usted.

JUAN. Fatal estrella!..
¿qué será, Dios mio, de ella,
cuando lea este papel?
(Se deja caer abatido en el sillon.)

SOFIA. *(Acercándose á él con tierna solicitud.)*
Padre mio!...

JUAN. Hija!..

SOFIA. Oh!
¿por qué viene usted tan triste?.

JUAN. Mi corazon se resiste
á revelarte...—no, nó:
si tu supieras, Sofía,
lo que causa mi amargura!..
—mas ¡ay! por tu desventura
lo sabrás, pobre hija mia.

SOFIA. Me hiere tanto dolor.
Pero hable usted, padre mio,
que yo en mis fuerzas confio...

JUAN. En tus fuerzas!..—débil flor
ayer nacida entre abrojos...
si hoy arrecia el huracán,
mañana solo serán
tus galas tristes despojos.
—Si á sufrir tu corazon
estubiese acostumbrado
como el mio!

SOFIA. Padre amado!..
dígame usted la razon
de esa amargura tan cruel...
se lo suplico!..

JUAN. Ay de mí!

SOFIA. *(Reparando en el papel que tiene su padre)*
pero ¿qué veo?—si, si;
sin duda es ese papel
la causa de tanto daño...
deme usted!.. *(queriendo cogerlo.)*

JUAN. Por Dios, aparta!
porque contiene esta carta
un terrible desengaño.

SOFIA. Para mi? diga usted? oh!
ese silencio, ¡Dios mio!..
Si Arturo...—¡qué desvarío!..
¿cómo puedo dudar yo
de él tan noble y tan bueno?

JUAN. Pobre cándida hija mia!.
—mas es preciso, Sofía,
que apures todo el veneno
de una vez... te estoy matando,
y aunque al corazon no cuadre,
debo decirte...

SOFIA Si, padre,
hable usted, que está luchando
con una duda mi alma...

JUAN. Oyeme pues, hija mia.
—Hácia casa ya venia
cobrada un tanto la calma,
pues cruzaban por mi mente
mil risueños pensamientos
que aliviaban los tormentos
del corazon dulcemente...
—Cuando á mi se llega un hombre,
y despues que me saluda...
—«usté á quien busco es sin duda»—
me dijo,—«¿cuál es su nombre?—
—«Juan»—¿Y tiene usted, señor,
una hija?»—«Si, Sofía»
—«Pues esta carta le envia
quien de usté aprecia el honor.»—
—Lo que yo entonces sentí
esplicarte fuera en vano,
pero temblaba mi mano
cuando el papel recibí.
Por medio andaba mi honor,
y el misterio de aquel hombre
me causaba—no te asombre—
un indecible terror.
—¿Será esto un sueño?—pensé...
¿algun loco desvarío?..

—y mirando en torno mio,
solo, Sofía, me hallé.
—Pero no era un sueño, no;
de nuevo me estremecí
cuando entre mis manos ví
esta carta... entonces yo
sin saber lo que me hacía,
la abro y leo... no se...
que Arturo...

SOFIA. (*Con ansiedad.*)
—Prosiga usté.

JUAN. No puedo mas, hija mia!..
Voy á hacerte mucho daño.

SOFIA. Aumenta usted mi ansiedad,
padre mio!

JUAN. Si, es verdad.
Aunque tan cruel desengaño
va á matar, pobre inocente,
tus ilusiones, tu fé,
—es preciso... toma y lée...

SOFIA. (*Tomando la carta.*)
(corazon mio, sostente!)
(*Leyendo.*)
—«Se que estima usted su honor,
don Juan... le daré un consejo.
Un jòven llamado Arturo
entró en su casa hace tiempo,
pretestando socorrerle
por encubrir otro objeto
que era el amor de su hija...
Hoy serà puro y sincero,
y les presta usted su apoyo
porque ignora, según creo,
quien es el jóven Arturo,
y le interesa saberlo.
—Casar pensará con él
á su hija... y se lo advierto
á usted, don Juan, no es posible...»
(*Sofía conmovida, suspende un instante la lectura.*)
—«Arturo se halla sujeto
á la voluntad de un padre

rico y noble al mismo tiempo...
el conde de Campohermoso...»
(Representando)
—Ah!..
—«quien tiene ya el proyecto
de unirle con la marquesa
de la Palma...»
(Representando.)—Santo cielo!..
—«Se lo dice á usté un amigo
porque camine con tiento;
pues siendo tan rico Arturo
y de un título heredero,
y estando cerca su enlace
con la marquesa, no creo
que su amor hácia Sofía
tenga, don Juan, buen objeto...
Y pues estima su honor,
no desprecie usté el consejo...»
(Representando.)
—Ah! Dios mio!..

JUAN. Desgraciada!
llora, si, llora y apura
ese cáliz de amargura,
al mirar hoy deshojada
la flor que ayer contenia
tus ilusiones mas bellas.

SOFIA. Es verdad... murieron ellas!..
—presto morirá Sofía!

JUAN. Qué dices?

SOFIA. Oh! nada, nada...
y ¿hace usted caso, señor?..
ya nadie muere de amor!..
(nadie ! ¡ ay!)

JUAN. Desventurada!..

SOFIA. Mas yo no puedo creer,
padre mio... no, no, Arturo
me conserva su amor puro...
—casarse... no puede ser!
El que esta carta escribió
sin duda será un villano...
—tome usted, porque mi mano
se abrasa al tocarla.. ¡oh!..

Todo es calumnia.

JUAN. Hija mia,
tu tienes poca esperiencia;
no juzgues por la apariencia,
que engaña mucho, Sofía.
Hasta hoy hémos sabido
solo su nombre; jamás
nos ha revelado mas,
ni yo indagarlo he querido,
porque siempre me ha inspirado
una ciega confianza;
—hoy perdi ya mi esperanza...
Arturo nos ha engañado.

SOFIA. Padre mio!..

JUAN. El corazon
me lo está diciendo, sí;
no quiero que vuelva aquí...
—No, Sofía... esa pasion
tal vez muera con la ausencia.

SOFIA. Morir dice usté?.. imposible!..

JUAN. ¿Es tan grande?..

SOFIA. Inestinguible.
Mientras dure mi existencia
le amaré con desvarío.

JUAN. Eso me dices?..

SOFIA. Lo juro.

JUAN. Ay! ¿por qué en mal hora Arturo
entró en mi casa, Dios mio?
—La miseria en que yacía
era cien veces mas grata.

SOFIA. Oh! calle usted, que me mata
su dolor!

JUAN. Pobre hija mia!..
Es preciso que al olvido
des amor tan desgraciado...

SOFIA. Arturo...

JUAN. Nunca te ha amado.
—El vendrá... Solo te pido
que finjas por un momento
desprecio...

SOFIA. Padre!.. (¡ay de mi!)
—haré un esfuerzo... si, si;

(cuanto sufro!)

JUAN. (Que tormento!)
De lo demas... yo, Sofía,
me encargaré.

SOFIA. Bien, señor;
(Dios mio! dadme valor!)

JUAN. (No desmayes, alma mia!)
(Entra en la habitacion de la izquierda)

ESCENA V.

SOFIA.

Fingir desprecio... ¡ay de mi!..
y ¿qué he de hacer? ¿acallar
mis sentimientos, diciendo
lo que no sentí jamás?..
—Es imposible!.. y Arturo...
—Dios mio! ¿serán verdad
sus títulos y ese enlace
con la marquesa?.. que afan!..
—Y ahora recuerdo... si, si;
hoy me pareció notar
en él cierta turbacion,
cierta tristeza que...—¡ay!
si tu dudas, alma mia,
mi infortunio es realidad.
—Mas ¿cómo fingir desprecio?
¿Còmo mi amor ocultar...
si aunque Arturo es un ingrato,
va creciendo, por mi mal,
este fuego que me abrasa?..
ay!.. cielos!.. no puedo mas!..
(Se deja caer abatida en la silla que está junto á la mesa, cubriendo el rostro con las manos.)

ESCENA VI.

SOFIA.—ARTURO, *por el foro.—Luego* JUAN.

ARTURO. Mucho triunfar me interesa,

y hemos de ver, vive Dios!
cual puede mas de los dos...
—Eres muy sagaz, marquesa!..
pero tu coquetería
que trae loco á tanto necio,
solo me inspira desprecio.
—¿Quièn?...
(Reparando en Sofía.)
Ah! mi bella Sofía!..
Contemplar su rostro quiero
para olvidar mi quebranto;
ella es mi vida y mi encanto!..
(Acercándose con solicitud.)
—Sofía!..

SOFIA. *(Saliendo con violencia de su abatimiento.)*
Oh! caballero...
¿qué busca usté en esta casa?..
(¡Dios mio!)
(Juan aparece en la puerta de la izquierda.)

ARTURO. (¿Qué cambio es este?)

SOFIA. *(Vacilando.)*
Espero... que me conteste...

ARTURO. (Cielos! ¿qué es lo que me pasa?)
—Esa pregunta, Sofía,
y esas lágrimas...—¿será?..
—¿Son celos acaso?..

SOFIA. (¡Ah!)

ARTURO. ¿No respondes, alma mia?..
¿Callas... y dudas de Arturo?..

SOFIA. (¡Como dudar de su fé!..)

ARTURO. A ti sola consagré
mi cariño tierno y puro.
Y ahora cual siempre llegaba
creyendo encontrar mi bien,
y solo miro el desden
donde el amor se ostentaba.
—Oh! depon ya tus enojos
y cese tu cruel rigor,
que no es tan bella la flor
cuando se mira entre abrojos.
—¿Cómo pudieron robar
los celos tu dulce calma,

siendo el alma de mi alma?

SOFIA. (Oh!.. ya no puedo callar!..)
¡Arturo!...

JUAN. *(Que ha ido acercándose al ver vacilar á Sofía, se interpone reconviniéndola.)*
--Hija!..

SOFIA. (¡Ay de mi!)

ARTURO. *(Sorprendido.)*
Don Juan!..

JUAN. *(A Sofía)*—Presto has olvidado
el consejo que te he dado.

SOFIA. Padre!..

JUAN. Lo esperaba, si.
Débil, te volviste á ver
por el amor fascinada...
—pero yo no estraño nada,
porque al fin... eres muger.

ARTURO. Señor don Juan, yo no entiendo...
Es, en verdad, misterioso...

JUAN. *(Con intencion.)*
Vizconde de Campohermoso...

ARTURO. *(Avergonzado.)*
Ah! señor!..

JUAN. *(A Sofía que le mira desalentada.)*
—Ya lo estas viendo.
—Y el adulador arrullo
de magníficos salones
escuchará, sus blasones
ostentando con orgullo.
Allí su título brilla
corriendo de boca en boca,
y la muchedumbre loca
ante su timbre se humilla.
El mundo en su farsa, miente
tales triunfos al vizconde,
que de seguro responde
alzando la altiva frente.
Nada hay que su orgullo venza
ni que en su esfera le asombre...
—y aquí le humilla su nombre;
en mis labios le avergüenza.
—Y es que al ocultarle artero

por atentar á mi honra,
sus nobles timbres deshonra...
(Movimiento de Arturo.)
—los deshonra, caballero.

SOFIA. *(Con acento de súplica)*
Oh! Padre!..

JUAN. ¡Pobre hija mia!..

ARTURO. (¿Cómo callar?..)

JUAN. ¿Que responde
á todo esto el vizconde?..

ARTURO. Mucho responder podria
si al alma dejase hablar...
—mas la apariencia es mi muerte,
y pues lo quiere la suerte,
debo sufrir y esperar.
—Pero sepa usted, señor,
que á pesar de la apariencia,
tranquila está mi conciencia;
limpio conservo mi honor.
Mis títulos le oculté,
y usted de traidor me acusa...
—pero la pasion me escusa,
pues tan solo los callé
porque pensaba, don Juan,
que si mi nombre sabia,
usted no consentiría
en tan tierno y puro afán.

JUAN. Estuvo muy bien pensado;
y hoy que ya todo lo sé,
quiero que no vuelva usté
á esta casa.

SOFIA. *(Con acento de súplica.)*
—Padre amado!..

JUAN. *(Con firmeza.)*
Hija, calla, calla!

SOFIA. —Oh!..

ARTURO. Don Juan, mi cariño es puro.

JUAN. Eso, vizconde...

ARTURO. Lo juro...

JUAN. Tampoco lo niego yo.

ARTURO. Entonces...

JUAN. Vamos con calma.

Segun pude yo entender,
pronto su esposa ha de ser
la marquesa de la Palma.

ARTURO. (Todo lo sabe!)

SOFIA. (¡Ay de mi!)

JUAN. Tal partido le conviene;
es noble y creo que tiene
muchos bienes, con que...

ARTURO. *(Con dignidad.)* —Si.
Mas á títulos mi afan
no aspira ni á la riqueza;
lo que aprecio es la nobleza
del alma, y nunca, don Juan,
seré su esposo, por qué...
—no sabe usted quien es ella;
es muy rica, noble y bella...
mas le falta lo que amé
siempre en Sofía... el candor
y la fé pura del alma...
—la marquesa de la Palma
es indigna de mi amor.

SOFIA. (Dios mio! ¿cómo dejar
de amarle?..)

JUAN. *(Conmovido.)* —Hasta ahora dudé
señor vizconde...

ARTURO. —De qué?

JUAN. De que pudiera abrigar
su corazon sentimientos
tan nobles; pero al oir
lo que acaba de decir
usted en estos momentos...
—oh!.. ya no puedo dudar
que la adora usted, Arturo;
que su amor es grande y puro...
y esto aumenta mi pesar;
—si... porque aunque no nos cuadre,
separarnos es preciso.

SOFÍA. ¡Ah!

ARTURO. No, jamás!

JUAN. —Dios lo quiso!

—Arturo, tiene usté un padre.
Manda que con la marquesa
se case usted, y es forzoso
obedecer.

ARTURO. Yó su esposo?...

JUAN. A él quizás le interesa.
—Además, su posicion,
señor vizconde, lo exige.

ARTURO. Y ¿hé de marchar?...

JUAN. —Ya lo dije!

SOFIA. (Cuanto sufres, corazon!)

JUAN. El mundo murmuraría
al saber que usted ha sido
el que nos ha socorrido
en la desgracia... diria,
—téngalo usted por seguro—
—«Sofía es digna de aprecio,
y será su amor el precio
de los favores de Arturo...»
—Ah! no quiero que mi fama
se menoscabe, vizconde;
márchese usted!

ARTURO. —Pero ¿á dónde?.

JUAN. A donde el deber le llama.

SOFIA. Señor!..

JUAN. Vizconde, yo espero
que á mi ruego accederá,
pues se lo suplico...

ARTURO. (*Vacilando.*) —Ah!

JUAN. Como padre y caballero.

ARTURO. Adios, pues.

JUAN. Adios!..

SOFIA. —Arturo!..
y ¿nó he de volver á verte?,

ARTURO. ¿Quién sabe?.

SOFIA. Triste es mi suerte!

ARTURO. (*Despues de contemplarla un instante.*)
—(Será mi esposa; lo juro!)
(*Sale resueltamente por el foro.*)

ESCENA VII.

SOFIA.—JUAN.

(Momento de silencio. Solo se oyen los sollozos de Sofía. Juan la contempla con dolor. Sofía levanta la cabeza, mirando tristemente á su padre.)

JUAN. *(Tendiéndole los brazos.)*
—Hija mía!..
SOFIA. *(Arrojándose en ellos.)*
—Padre!.. oh!..
JUAN. Llora! si, llora, que el llanto
te consolará algun tanto;
—Si pudiera llorar yo!..
Mas ya estàn secos mis ojos,
y sufro mas!
SOFIA. —La flor pura
que encerraba mi ventura,
se ha convertido en abrojos!
La marquesa...
JUAN. ¿Qué, hija mia?
SOFIA. Va á ser muy pronto su esposa,
y ella será muy dichosa
mientras yo sufro!
JUAN. Sofía...
El ódio de Arturo advierte
ya que envidiándola estás,
y su suerte encontrarás
mas amarga que tu suerte.
No mediando en esa union
el amor, la fé del alma,
perdida verá su calma.
SOFIA. Padre, tiene usted razon!
Bien su desgracia comprendo;
mas mi suerte es tan avara!..
—ay! ¿qué dolor se compara
con el que estoy padeciendo?
JUAN. El de un padre que, cual yo,
ha sufrido tantos años
los amargos desengaños
con que el mundo le pagó,

y en medio de su amargura,
para sostén de su vida,
tiene una hija querida
como tú, cándida y pura,
que ya esperaba...

SOFIA. —Señor!..

JUAN. Ver algun dia dichosa;
y esperanza tan hermosa
mata un desgraciado amor!
—¿Habrá dolor, hija mia,
mas cruel que el del padre?.. dí?..
—Pero tu puedes...

SOFIA. —Yo?..

JUAN. --Si,
calmar mi pena, Sofía.

SOFIA. Y ¿cómo?

JUAN. Dando al olvido
esa funesta pasion
que abriga tu corazon.

SOFIA. Ah!

JUAN. Por mi amor te lo pido!

SOFIA. Padre, por Dios, calle usté!

JUAN. ¿No podrás, hija querida?

SOFIA. Si es necesaria mi vida,
yo con gusto la daré;
--mas la llama de este amor
tomó ya tal incremento,
que fuera inutil mi intento!..

JUAN. ¿No hay remedio?

SOFIA. No, señor.

JUAN. Cuanto sufro!..

SOFIA. Padre mio!..

JUAN. No puedo mas!

SOFIA. --¡Ay de mi!

JUAN. Ya mi esperanza perdí,
y en Dios tan solo confio!
(Entra en la habitacion de la izquierda.)

ESCENA VIII.

SOFIA.—*Luego*, ARTURO.

SOFIA. ¿Porqué mi cruel infortunio
ha de sufrir?..--Si lográra
sofocar dentro del pecho
esta abrasadora llama!..
--Pero ya es tarde; el amor
que ayer mi dicha encerraba,
vivirá siempre conmigo,
aunque muerta mi esperanza.
(Arturo aparece en el foro sumamente agitado. Vacila un instante, y despues baja con resolucion al proscenio.)
ARTURO. Sofía!..
SOFIA. Cielos!. Arturo!..
¿cómo vienes?..--Si llegara
á verte mi padre aquí!..
--Vete, por Dios!..
ARTURO. Calla, calla!.
que estoy á todo resuelto,
y el amor todo lo alcanza.
--Ya sé que fué la marquesa
quien, por su orgullo impulsada,
á tu anciano y pobre padre
mandó una anónima carta
en que avisando á su honor,
mi posicion revelaba.
--¡Oh!.. no firma los papeles
en que ajenas honras trata,
y con su nombre circulan
los que sus timbres empañan!
SOFIA. Pero...
ARTURO. Escúchame, Sofía;
--ha llegado esta mañana
mi padre á Madrid; lo supe
ahora mismo, y sin tardanza
he venido á verte.
SOFIA. Mas...
ARTURO. Nada teme quien bien ama.
Vengo por calmar tus penas,

á alentar tus esperanzas.

SOFIA. Esperanzas! ¡ay, Arturo!..
¿cómo quieres que mi alma
espere, si ya murieron
sus ilusiones doradas?.
—De otras mas bellas quizás
vienes hoy á alimentarla,
para verlas como el humo
desvanecidas mañana!..
—No, Arturo; vete, por Dios!..
vete, yo se que me amas,
y no querrás de este modo
hacer mayor mi desgracia.
Sentirás mi desventura;
pero tu padre lo manda,
y tu esposa debe ser
la marquesa de la Palma.

ARTURO. Mi esposa, dices?—jamás!
Si mi padre no estimara
su honor!..

SOFIA. ¿Que quieres decir?

ARTURO. Todo lo sabrás.—Me basta
decirte ahora, que nunca,
nunca, Sofía adorada,
tendrá lugar ese enlace
que mi corazon rechaza.

SOFIA. ¿Será verdad?

ARTURO. Te lo juro!
y Arturo te dá palabra
de que tu serás su esposa,
pues quizás hoy mismo...

SOFIA. Calla!
No quieras que yo alimente
esas locas esperanzas,
que son tan solo ilusiones
de tu mente acalorada.
—Tu eres rico y noble; yo
nací pobre, en la desgracia,
y mi suerte ha sido siempre
á la tuya tan contraria,
que sin tu mano benéfica,
tal vez hoy...

ARTURO. Oh! basta, basta!
SOFIA. No, Arturo; que esos recuerdos
vivirán siempre en mi alma,
y mi consuelo serán
en tu ausencia.
ARTURO. Si me amas,
te ruego no hables asi.
—Sofía, ¿por qué desmayas?..
A animarte presuroso
vine de mi amor en alas,
y no hallan eco en tu pecho,
mis amorosas palabras!
—Obedeciendo á tu padre
no volveria à esta casa,
sino abrigára la dulce
y halagüeña confianza
de realizar mis deseos:
—pero mi padre me ama;
siempre procuró mi bien,
y hoy no querrá mi desgracia.
SOFIA. Arturo!.. mi corazon
al escuchar tus palabras,
tiembla de gozo!.. si, si,
aun alienta mi esperanza!
ARTURO. ¡Bendito el amor que espera!
SOFIA. —Mas, mi padre... ya olvidaba!..
ARTURO. No temas.
SOFIA. Pero es preciso
separarnos; si llegara
á vernos!..—Arturo, adios!...
La felicidad del alma
te confio!
ARTURO. Si te adoro,
¿qué no haré para lograrla?
(*Sofía entra en la habitacion de la derecha.*)

ESCENA IX.

ARTURO—EL CONDE.

ARTURO. Y ¿qué debo hacer ahora?..
—pensarlo bien necesito.

CONDE. (*Por el foro, despues de reconocer la parte esterior.*)
Por las señas, esta es
la casa donde mi hijo
ha perdido la cabeza...
yo le pondré en buen camino.
—Mas ¿qué veo? si, no hay duda...
Arturo!..

ARTURO. (*Sobrecogido.*)
Mi padre!

CONDE. —El mismo.
Parece que no le agrada
mi presencia, señor mio!..
Todas sus habilidades,
desde allá las he sabido.
—¿Qué hace usté aquí?

ARTURO. (*Confuso.*) Yo, señor!..

CONDE. Diga usted, ¿es este el sitio
en que debe estar quien lleva
mi nombre?

ARTURO. Oh! padre mio!..

CONDE. Poca estimacion le tiene,
cuando le pone en ridículo.
Si señor... porque no hay nadie
que ignore los amoríos
del vizconde Arturo con...
una tal Sofía; —indigno
es de un noble el proceder!
Habrá ocultado sus títulos,
su posicion, por llevar
à cabo plan tan inícuo;
—¿no es esto, señor vizconde?

ARTURO. Oigame usted!

CONDE. Y ¿mi hijo
es capaz de tal accion?

ARTURO. Señor!..

CONDE. Todo lo he sabido.
Con el achaque de dar
á sus desgracias alivio,
ha entrado usté en esta casa
con otro fin...

ARTURO. (*Sin poder contenerse.*)

¡Padre mio!..
--perdone usted; mas no puedo
consentir que tan mal juicio
llegue á formar de quien nunca
ha empañado su honor limpio!
No quiero que dé usted crédito
á lo que de mi le han dicho
cuatro necios nada mas,
que no tienen otro oficio
que hablar mal de todo el mundo,
y bien solo de si mismos.
—Cuando yo entré en esta casa,
fué con el fin, padre mio,
de socorrer la miseria
en que se hallaban sumidos
don Juan y su hija.

CONDE. Y bién?..

ARTURO. Pues que todo he de decirlo,
—es cierto, si, que Sofía
me inspiró este amor divino
que abriga mi corazon;
mas señor, nuestro cariño
es tan puro como grande!

CONDE. Y ¿su padre ha consentido
en ese amor?

ARTURO. Hasta hoy.
—Un anónimo le ha dicho
mis títulos, posicion...
y, sobre todo, ese vínculo
que usted quiere que contraiga,
y venir me ha prohibido
á su casa.

CONDE. Justamente!
porque de ello es usted digno:
¡engañarle de ese modo!

ARTURO. Oigame usted, padre mio:
si yo le oculté mi nombre,
con el fin tan solo ha sido
de hacer feliz á su hija.

CONDE. ¿Como, Arturo?

ARTURO. Fué preciso.
—Yo confiaba, señor,

en su paternal cariño..--
Es muy bella, virtuosa,
yo la adoro con delirio!..

CONDE. Y qué?

ARTURO. Para ser feliz,
padre, solo necesito
que usted consienta...

CONDE. Oh! basta!
Con razon me habian dicho
que estaba usted algo loco,
señor vizconde!

ARTURO. (¡Dios mio!)

CONDE. ¿Cómo asi pudo pensar,
cuando vengo decidido
á que en breve se efectúe
el ya proyectado vínculo
con la marquesa?

ARTURO. Señor!..

CONDE. Y dígame usted; ¿que juicio
formaria de mi el mundo,
si, por un nécio capricho
de amor, se desbaratase
este enlace?

ARTURO. Padre mio!..
Es que el mundo solo atiende
á las riquezas... los títulos...
á la dicha material,
y yo no la necesito.
La felicidad del alma
es tan solo á la que aspiro,
y con la marquesa, nunca
seré feliz!

CONDE. —¡Hijo mio!..

ARTURO. Señor! ese mismo mundo,
al verme con ella unido,
se burlará señalándome
con el dedo, y el ludíbrio,
el escarnio de la corte
será el vizconde su hijo!

CONDE. Arturo!

ARTURO. Si usted supiera,
señor!..

CONDE. Todo lo he sabido.
ARTURO. Y ¿quiére usted que la acepte
por esposa?
CONDE. (*Con marcada intencion.*)
Lo que han dicho
de la marquesa, vizconde,
puede muy bien haber sido
pura invencion... de los necios
que no tienen otro oficio
que hablar mal de todo el mundo,
y bien solo de si mismos.
ARTURO. Pero oiga usted!..
CONDE. Basta ya!
—Alguien se acerca...
(*Mirando hácia la puerta de la izquierda.*)
ARTURO. (¡Dios mio!..
¿será don Juan?.. Yo me voy,
mas volver pronto es preciso;
—hacerla feliz juré,
y, por Dios! que he de cumplirlo.)
(*Vase con precipitacion por el foro.*)

ESCENA X.

EL CONDE.—JUAN, *por la izquierda.*

CONDE. (Este el padre debe ser...)
Señor mio!..
JUAN. Caballero!..
Que me diga usted espero
lo que tenga que...
CONDE. —Saber
ante todo yo quisiera,
si de esta casa el señor
es con quien tengo el honor...
JUAN. El mismo;—y si es que pudiera
servirle en algo, gustoso
lo haré.
CONDE. Mil gracias le doy!
JUAN. Y ¿puedo saber?..
CONDE. Yo soy

el conde de Campohermoso.

JUAN. ¿Qué oigo?.. usted es el conde, padre de Arturo?

CONDE. Si, á fé! y he venido á verle á usté, pues darle me corresponde mis descargos.

JUAN. Oh!.. le pido que no venga á recordar... —sé de lo que quiere hablar.

CONDE. Arturo...

JUAN. *(Interrumpiéndole.)* —Compadecido de la desventura mia, por dar alivio á mis males, de mi casa los umbrales quiso pasar; vió á Sofía por vez primera, señor; amor les dió sus lecciones, y unió los dos corazones con tierno lazo el amor. —¿Cómo contrariar podia su afecto sincero y puro, si era la dicha de Arturo y la gloria de Sofía? —Mas hoy supe que el impío destino los separaba, y aunque su dolor causaba...

CONDE. Hizo usted bien, señor mio! Pero si el vizconde...

JUAN. —No, no es la causa de mi mal, sino la estrella fatal que siempre me persiguió. Mas ¿qué importa mi quebranto, señor conde, si á penar me he llegado á acostumbrar?.. —¡he sufrido tanto... tanto!..— Solo para mi consuelo, conservo dulce memoria de mi esposa, que esté en gloria, y de un amigo que el cielo

sabe si veré ya mas!
—ha veinte años le perdí!..
oh!.. siempre fué para mi
un hermano el buen Tomás!

CONDE. (¿Qué escucho? Dios mio!)

JUAN. —Pero
le importuno y no quisiera...

CONDE. Oh! de ninguna manera,
don Juan, que prosiga espero.

JUAN. Está usted, conde, agitado!..
Lo que dige tal vez...

CONDE. —Si;
las palabras que le oí,
recuerdos han despertado
en mi alma, porque yo
un buen amigo tenia...
—Como á hermano le quería,
pues la vida me salvó!
En el campo de batalla,
fiel amistad le juré!
(Crece el interés en ambos.)

JUAN. Qué escucho?.. y le ha visto usté?...

CONDE. No se ya donde se halla.
Veinte años y algunos meses
ha tambien que no le veo,
pues le perdió mi deseo
cuando contra los franceses
la guerra se concluyó.

JUAN. ¿Qué es lo que oigo? yo tambien...
—diga usted!.. ¿no fué en Bailen?..

CONDE. Donde mi vida salvó?
ah! si;—mas saber ansío!..
(Reparando en una que tiene en la frente.)
y esa honrosa cicatriz!..
No es ilusion... soy feliz!...
—Juan!

JUAN. Tomás! amigo mio!
(Por un movimiento espontáneo, se arrojan ambos el uno en brazos del otro.)

ESCENA ULTIMA.

El Conde.—Juan.—Sofia, *que aparece en la puerta de la derecha.*—Arturo, *en la puerta del foro. Ambos quedan sorprendidos.*

Sofia (Mi padre en brazos está
de un caballero! no entiendo...
Arturo. (¿Qué es esto? yo no comprendo...
Don Juan y mi padre!..
Conde. —¡Ah!
Ya estamos juntos los dos!
Juan. Por fin he logrado verte!
—¡Pero cuan distinta suerte
nos ha cabido!
Conde. Por Dios!...
Se que has sido desgraciado;
se lo mucho que has sufrido...
mas haz por dar al olvido,
Juan, tu infortunio pasado.
—Acuerdate nada mas
de aquellos tiempos de gloria,
en que tras de la victoria
iba contigo Tomás.
Sobre todo de aquel dia
en que mi vida salvaste,
y tu amistad me juraste
cuando te juré la mia!
Sofia. (Ya se quien es!)
Arturo. (Ya comprendo...)
Juan. Todo lo recuerdo!—mas
tampoco olvides, Tomás,
lo que hoy está sucediendo.
—Entonces fuí muy dichoso;
eras mi amigo!..
Conde. Y lo soy!
Juan. Pero tambien eres hoy

el conde de Campohermoso.

SOFIA. (Qué oigo?)

ARTURO. (¿En que parará?)

SOFIA. (Es el padre!..)

JUAN. Te lo digo...

CONDE. Si Tomás era tu amigo,
siempre el conde lo será.
¿Qué título ni blason
hará que olvide un momento
este noble sentimiento
que abriga mi corazon?

JUAN. Se que tu amistad es mucha;
—mas lucha con tu deber
de hombre honrado, y ha de ser
vencida al fin en la lucha.
—Nuestros hijos...

CONDE, Si, los dos
se adoran con tierno afán,
y su ventura hallarán...

JUAN. Medítalo bien, por Dios!

CONDE. Yo...

JUAN. Tu honor es lo primero,
y á mi mucho me interesa;
—cumple, pues, con la marquesa,
como debe un caballero!

CONDE, Tengo deudas muy sagradas
de gratitud y amistad!

JUAN. Lo exige la sociedad,
y deben ser olvidadas.
De la lucha que te aflige
tu propio honor es testigo;
—sucumba, pues, el amigo!

CONDE. Juan!..

JUAN. La sociedad lo exige.
(Sofía y Arturo vacilan un instante, y despues bajan al proscenio, dirijiéndose con acento de súplica á don Juan.)

SOFIA. ¡Padre!

ARTURO. ¡Señor!

JUAN. —Hija mia!..

CONDE. Mi hijo!

JUAN. (Habrán escuchado...)

ARTURO. Perdone usted si he faltado!..
JUAN. (Esto es lo que yo temia!)
SOFIA. Oh! perdon!
JUAN. El labio sella!
ARTURO. Sofía!
JUAN. Vizconde!..
CONDE. —Juan!
JUAN. *(Con intencion.)*
La marquesa...
SOFIA. (Cruel afan!)
CONDE. (Ah! por mi honor!..)
ARTURO. (¡Siempre ella!)
JUAN. *(Al Conde.)*
Tu palabra está empeñada!
CONDE. Es verdad.
JUAN. Y debes ir
donde la puedas cumplir.
CONDE. Está bien!
SOFIA. (¡Que desgraciada!)
ARTURO. (*Despues de vacilar un instante, entrega al conde una carta.*)
Antes... que mire deseo
este papel...—le interesa!
CONDE. *(Despues de ver la carta.)*
Es letra de la marquesa!
Dios mio! ¿qué es lo que veo?..
y su firma!..—¿quién te ha dado
esta carta, Arturo?
ARTURO. —No,
nadie, señor, me la dió...
CONDE. Como?..
ARTURO. Porque la he comprado.
Nunca servidores fieles
encuentra el honor perdido!..
¿Cómo no ha de ser vendido
cuando se mancha en papeles?
CONDE. Si, comprendo;—y ser queria
tu esposa con tal locura!
¡oh!..
JUAN. Tomás!
CONDE. —Por mi ventura,
el obstáculo que habia

ya no existe.

JUAN. La marquesa!..

CONDE. Satisfaccion la daré;
—¿te sorprende? Toma y lée,
y saldrás de tu sorpresa.

JUAN. (*Devolviéndole la carta.*)
¿Con que es verdad?

CONDE. Si, verdad,
y por Dios! que lo acredita
esta misteriosa cita...

JUAN. Oh! si estimas mi amistad,
rompe ese papel!—Su honra
perdió la marquesa, es llano;
mas no está bien en tu mano
la prueba de su deshonra.

CONDE. (*Rompiendo la carta.*)
A tiempo me has advertido.

JUAN. Es lo que hace un caballero!

CONDE. Tambien un favor espero
de ti, Juan!

JUAN. Pues concedido.

CONDE. Por solemnizar un dia
tan grande cual corresponde,
te pido para el vizconde...

JUAN. Qué?..

CONDE. La mano de Sofía!

SOFIA. (*Al conde, radiante de júbilo.*)
Ah! señor!..

ARTURO. ¡Don Juan!..

JUAN. (*Con voz ahogada.*) No acierto
mi gozo inmenso á esplicar...
pero de él podreis juzgar
por las lágrimas que vierto!
—Abrázame tu!.. (*Al conde.*)

CONDE. Si, si!
De hoy mas, para siempre unidos
con nuestros hijos queridos!..
—pero vámonos de aquí.

ARTURO. Y ¿á dónde, señor, iremos?

CONDE. Hijo mio, à nuestra villa;
allí, cerca de Sevilla,
venturosos viviremos!

JUAN. Y tanta felicidad,
la debemos...
ARTURO. (*Estrechando las manos de Sofia.*)
Ah señor!
nosotros... á nuestro amor.
JUAN. (*Abrazando al conde.*)
Nosotros... á la amistad.

(*Cae el telon.*)

FIN DE LA COMEDIA.

LA ULTIMA PAGINA.

Al frente de mi obra he rendido un justo tributo de cariño á aquellos á quienes todo lo debo.

En la última página, creo cumplir con un deber de gratitud, haciendo presente mi reconocimiento á los señores que con el feliz desempeño de sus papeles, contribuyeron no poco al éxito que obtuvo mi comedia en el Teatro de Gijon.

Debo mencionar á la señorita Villamil que comprendió admirablemente el sencillo y tierno carácter de **Sofía**, y á quien por su talento está destinado un porvenir brillante, si se dedica con fé y entusiasmo al arte escénico.

El Autor.

Se vende esta comedia en Madrid en la librería de Cuesta, calle Mayor; en Oviedo, librería de Ernesto Escalante, calle de la Paz, núm. 10; Gijón, imprenta y librería de los señores Crespo y Cruz, y a cargo de [illegible].

Precio: en Oviedo y Gijón, 4 reales.

A los demás puntos de la provincia se remitirá franco de porte, escribiendo directamente al autor o al administrador de El [illegible], acompañando el importe de cada ejemplar en sellos de correos.

Se vende esta comedia en Madrid en la librería de **Cuesta,** calle Mayor; en Oviedo, librería de **Laureano Mántaras,** calle de la Rúa, núm. 10; Gijon, imprenta y librería de los señores **Crespo y Cruz,** á cargo de **L. Gonzalez.**

Precio: en Oviedo y Gijon, 4 reales.

A los demas puntos de la provincia se remitirá franca de porte, escribiendo directamente al autor ó al administrador de **El Faro Asturiano,** acompañando el importe de cada ejemplar en diez sellos sencillos de correos.